Carlos Enrique Urquía

EL CLAVEL

Desde la esclavitud de una maceta que pertenece por
herencia al mapa de la ventana, el clavel es una multa de
perfume corto y rojo, un tramo de tierra que mereció la
atención del episodio de la transmutación y, otras veces,
una península de anterioridades introducida policialmente
en el tiempo cuadrilátero del patio. No es posible que merezcamos
la ordinal de sus pretéritos. El está ahí, como una
taza de té, con sus columnas inclinadas hacia la tarde y
sostenidas por las cuerdas del poema.

No tengo vecinos, pero he de tenerlos para llamarlos
con alguna eficaz tramoya hasta la intimidad, y por fin
soltarles el clavel, como si fuera una estrellita casera preparada
para corregir los espacios impuros de la vida. Los vecinos,
si son tres, se copiarán las frases de las manos y las mitades
concurrentes de las caras —las mitades más próximas-
para instruirme que ser falsos es lo más cómodo y dirán:
clavel,clavel, clavel, clavel, clavel, clavel, clavel, clavel,
clavel (como si me llamara por mi nombre), hasta ir poniendo
una asquerosa puntilla de estamos de acuerdo sobre
mi asombro por haberlos invitado.

La visita puede terminar luego, en cualquier momento,
porque la centralidad escapará por entre la ceguera de
las baldosas, citada por el día, hasta el sur del sol, o hasta
cualquier otro lugar donde los hombres hayan plegado sus
lógicas como si fueran periódicos viejos y solamente el
misterio pueda cumplir sus equivalencias.

Entonces, para ver cómo ha sido la cosa, vendrás conmigo
hasta el tiempo de la esclavitud de la maceta, cuando
aún los vecinos no habían sido creados y se iniciaba el fuego
del poema desde la ventana. Pero, ahora, ya es difícil todo,
porque pudiera ser que el juego disponga que el clavel
fuera yo, la maceta el sitio de uno de los tantos nacimientos

del mundo, y los vecinos tú, solamente tú, para quien
traigo mi perfume de voces rojas, pero ninguno me entiende.

LAS TRES DE LA LUNA

El día se calienta en su circunferencia, el día
incorporado.

La semilla redacta la nuca de la vida. En las alacenas del
aire se calca el ojo.

Tú devuelves las últimas estrellas y la mañana es un
abanico de pájaros y bisectrices.

Pero yo soy un hombre, una medida. Puedo sustituir,
desconectar las cosas.

Cuando el olvido encienda su luz seca, cuando
anochezca el sol, puedo, es mi oficio, no asistir a la muerte.

El mundo seguirá detrás de la intemperie y en las
noches caseras los gatos aullarán a las tres de la luna.